



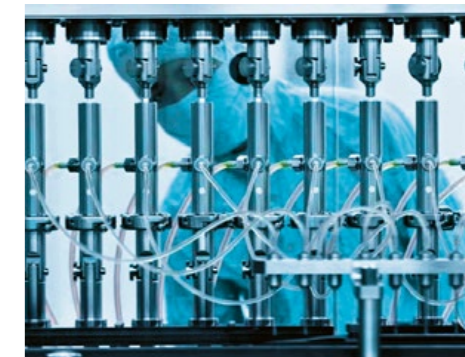
Arresto domiciliario House Arrest

El confinamiento se sobrelleva mejor que la incertidumbre. Ejercitándonos en el oficio de vivir, el espacio privado adquiere un sentido diferente, porque el refugio íntimo se transforma en celda penitenciaria, y la vieja pregunta retórica —¿privado de qué?— se responde de inmediato: privado de contacto con los otros. En *Huis clos*, una obra que se estrenó en el París de la ocupación, Jean-Paul Sartre representa el infierno como un cuarto sin ventanas donde se constata que ‘L’enfer, c’est les autres’. Evitando hoy el contacto para dificultar la propagación vírica, descubrimos que, a diferencia de lo que asegura el dramaturgo, el cielo son siempre los otros. Obligados al aislamiento social, y enfrentados al enclaustramiento doméstico, sentimos como una amputación la ausencia de vínculo físico con nuestros semejantes, pero nada es comparable a la ansiedad que suscitan las sombras que se proyectan sobre el futuro personal y colectivo.

Con las ciudades en toque de queda, participamos en la liturgia solidaria de los balcones y consumimos bulímicamente la información de los medios y el chisporroteo de las redes, procurando atisbar el horizonte con los ojos entornados. Ignorantes del censo definitivo de las víctimas, fingimos confiar la supervivencia a las exigentes rutinas de protección, pero en el fondo nos sabemos arrastrados por el torbellino del azar. Es posible que el mundo que emerja de esta convulsión vírica sea más sensato en el consumo de recursos, más justo en su reparto y más seguro frente a las catástrofes: vivir con menos no tiene que significar vivir peor. Sin embargo, también es verosímil que este nuevo paisaje económico, social y geopolítico esté marcado por el desorden y el conflicto, por el auge autoritario y el agostamiento de la libertad, ya que la pandemia ha mostrado la anemia de la gobernanza nacional y europea, por no mencionar la ausencia de gobernanza global.

Buscando guía y consuelo en la memoria personal, recuerdo a mi padre microbiólogo y a su héroe de ficción, el doctor Arrowsmith, protagonista de la gran novela de Sinclair Lewis y de la posterior película de John Ford, un médico e investigador que se enfrenta a una epidemia de carbunco y después a otra de peste bubónica, y que refleja bien los dilemas éticos de la ciencia en situaciones límite. Hoy los comentaristas recorren reiteradamente la historia literaria de las pestes, desde Boccaccio hasta Camus, y subrayan tanto la angustia de las poblaciones como los esfuerzos del personal sanitario, pero quizá no se pone suficiente énfasis en la investigación biomédica que al cabo nos suministra remedios y vacunas. En la soledad de sus laboratorios, y en la comunidad virtual de sus hallazgos, esos científicos ofrecen desde su confinamiento las briznas de certidumbre que permiten hacer frente a las incógnitas biopolíticas del tiempo que viene.

Luis Fernández-Galiano



Confinement is easier to endure than uncertainty. Practicing il mestiere di vivere, private space takes on a different meaning, because the intimate shelter becomes a prison cell, and 'private' is translated as 'deprived' of contact with others. In Huis Clos, a play that opened in Paris during the occupation, Jean-Paul Sartre represents hell as a windowless room where 'L'enfer, c'est les autres.' Avoiding contact today to hinder the dissemination of the virus, we discover that, unlike what the playwright defends, heaven is always the others. Forced to comply with social isolation, and faced with domestic internment, we feel the absence of physical contact with others as an amputation, but nothing is comparable to the anxiety caused by the shadows cast over our personal and collective future.

With cities under curfew, we participate in the liturgy of the balconies and compulsively consume news from the media and fake news from the web, trying to catch a glimpse of the horizon. Ignorant of the final toll of victims, we entrust our survival to the routines of protection, but in the end we are dragged by the whirlwind of chance. Maybe the world that emerges from this pandemic convulsion is more reasonable in the consumption of resources, fairer in their distribution and safer from catastrophes: living with less need not mean living worse. But perhaps the new economic, social, and geopolitical landscape will be one of disorder and conflict, more authoritarian and less free, because the virus has unveiled the limits of national and European governance, not to mention the lack of a global one.

Searching for guidance in personal memory, I remember my microbiologist father and his fiction hero, Dr. Arrowsmith, protagonist of the novel by Sinclair Lewis and the later film by John Ford, a physician and researcher that faces an anthrax epidemic and after that a bubonic plague, and which shows well the ethical dilemmas of science in extreme situations. Today we recover the literary history of plagues, from Boccaccio to Camus, underlining both the anxiety of populations and the efforts of healthcare workers, but we might not be putting enough emphasis on the research that supplies remedies and vaccines. In the confinement of their laboratories, and in the virtual community of their findings, these scientists offer the certainties that may let us face the biopolitical unknowns of the time to come.